

yacéis agora cárdenos y mudos,  
con los candados del silencio puestos:  
jamás cerraros los amagos rudos  
pudieron del poder entronizado,  
ni embotar dardos contra el vicio agudos.

¿Dó está agora el valor, nunca domado,  
y en el riesgo mayor con menos miedo?  
¿Dónde aquel noble espíritu, probado,  
inflexible en el bien, encontrar puedo?  
¿Dó la entereza con que adverso caso,  
del próspero á la par, recibías ledo?  
¿Quién á tu heroísmo le ha cortado el paso?  
¡Ah! lo perdimos todo en un día solo:  
se hundió el astro fulgente en el Ocaso.

Domine oscuridad de uno á otro polo  
y al caos antiguo torne la natura.  
Deje los huracanes libre Eolo  
y todo lo confundan. La tristura  
devore cuanto habita so la tierra,  
convirtiéndola en vasta sepultura.

Vague feroz el monstruo de la guerra  
devastando los pueblos y ciudades  
que valle abruman ó fragosa sierra  
y dan abrigo á malos y maldades.  
Todo te sea en la muerte compañero:  
reine tu huesa en tristes soledades.

¿Me escuchas aún, amigo verdadero,  
y todavía de nuestros males curas?  
¿Melancolizan aún tu pecho entero  
del hombre los errores y locuras?  
¿De esta patria infeliz que tú adorabas,  
te conduelen el duelo y amarguras?

Pues ¿por qué, compasivo, no recabas  
del Sér Eterno, en cuyo seno habitas  
(feliz eternidad por que anhelabas),  
que ponga fin á nuestras duras cuitas,

y, cesando tan áspero castigo,  
recuerde sus bondades infinitas?

Hijo de Anáhuac, su mejor amigo  
fuiste, durante tu mortal carrera,  
terrible á sus contrarios enemigo:

hora de tí mayor servicio espera;  
que la divina paz le envíes del cielo,  
á tanto grave mal cura certera.

Baje otra vez por tí, baje á este suelo,  
teatro de tu virtud y fortaleza,  
el amor fraternal que ahuyente el duelo  
y endulce de los males la aspereza.  
Lo harás. Y mientras duermes venturoso,  
honor de la humanal naturaleza,  
en torno á tu sepulcro silencioso  
las bellas artes, cuya gloria fuiste,  
y que elevó tu genio prodigioso,  
se agolpan todas con respeto triste,  
suelto el cabello, destrozado el manto  
y sacro velo; claman: ¡Ya no existe!  
y el rostro inundan con amargo llanto.  
Y luego de la patria los conceptos  
en mármol graban, por divino encanto,  
ejecutando fieles sus preceptos.

#### Epitafio.

Del hombre más virtuoso la ceniza  
aqueste duro mármol cubre avaro,  
y aquí de Paz el nombre siempre caro  
el llanto de su patria inmortaliza.

#### Otro.

Siempre opuso al peligro pecho inerme;  
jamás de la virtud dejó el sendero.  
No sigas adelante, pasajero,  
sin acatar al justo que aquí duerme.

## ODAS RELIGIOSAS.

## VIII.

## A San Vicente de Paul.

Baje rápido rayo y pulverice  
 los mármoles y bronce embusteros  
 en que el necio eternice  
 venganzas, odios, iras de guerreros,  
 que humanidad maldice;  
 y Noto esparza el polvo de manera  
 que un átomo jamás á otro se adhiera.

Héroes los llama adulación mezquina,  
 en la que se trasforma torpe miedo,  
 siendo de ira divina  
 el terrible instrumento, fuerte dedo  
 que lleva la ruina  
 adonde el crimen y humanal demencia  
 al fin de Dios cansaron la clemencia.

Fieras son y serán devastadoras  
 que al estallido del cañón y al tajo  
 de espadas cortadoras,  
 siglos de afán, sudores y trabajo  
 desaparecen en horas;  
 y en escombros y vastas soledades  
 transforman muros, templos y ciudades.

Así saña infantil derriba el nido  
 que al diligente avión costó mil vuelos:  
 festéjalo esparcido

en míseros fragmentos por los suelos:  
 ríe del ave al gemido,  
 y al verla cómo ronda el yermo techo  
 donde estaban su prole, casa y lecho.

El infinito Sér no se complace  
 en arruinar las obras de sus manos.  
 Cuando ostentar le place  
 de su poder la fuerza y los arcanos,  
 hechuras no deshace,  
 mas, llamando á la nada, ser la ordena,  
 y la creación de vida y bienes llena.

No es de Jehová la imagen verdadera  
 el hombre causador de pena y llanto,  
 que en faz dura y severa  
 ve de los otros hombres el quebranto,  
 sino el que vida entera  
 consagra á remediar ajenos males,  
 venturosos haciendo á sus iguales.

Venid, pueblos, á ver; vén, mundo entero,  
 de la inmensa bondad la imagen bella,  
 el tipo de un guerrero  
 solo digno de amor; pues por la huella  
 del divino Cordero,  
 ataca, vence, y en destruir se afana  
 las formas mil de la miseria humana.

No so el cañón que entraña muerte y lloro,  
 ó banderas con sangre salpicadas,  
 mas de purísimo oro  
 y de luz, dentro de orlas fabricadas,  
 leerán, en almo coro,  
 los arcángeles y hombres juntamente,  
 el siempre dulce nombre de Vicente.

De caridad empuña el estandarte,  
y las huestes seráficas convoca  
de Puy, glorioso Marte;  
y desplegando la divina boca,  
el fuego celestial con ellas parte:  
el mal perseguir juran incansables  
donde quiera que encuentren miserables.

Fieras, más que las fieras alimañas,  
blandas al crimen y á su fruto duras.  
De inflexibles entrañas,  
para quienes de madre las ternuras  
del todo son extrañas;  
abandonad, infames delincuentes,  
del delito los frutos inocentes.

Si el seno maternal les niega abrigo  
y los entrega en brazos de la muerte,  
los llevará consigo  
Vicente, á brazos de un amor más fuerte,  
donde calor amigo,  
alimento hallarán, dulce terneza,  
que reemplace la bárbara fiereza.

Una generación que ya perdida  
y al Limbo destinada creía el suelo,  
crece en vigor y vida:  
á la patria, del héroe por el celo,  
y al cielo restituida;  
y será gloria de ambos algún día  
la que de vientre á tumba pasaría.

Tristes suspiros, ayes y quejidos,  
nuncios del padecer, música horrible,  
suenan ya en los oídos  
de los hijos de Paul, del invencible,  
que ven apercebidos

contra del hombre, en escuadrones ciento,  
hambres, enfermedad, males sin cuento.

«Soldados de la eterna Providencia.  
A ellos, sús, sin temor, clama Vicente.

Salvemos la existencia,  
ó endulcemos la suerte del paciente.  
La divina clemencia  
sostendrá nuestro brazo en los combates.  
y á nuestro esfuerzo añadirá quilates.»

Dijo, y ataca en el instante mismo.  
Allá fabrican vastos hospitales,  
á donde el cristianismo  
lleva vigiliás, dones y caudales,  
sin nombre ni guarismo,  
hospicios acullá brotan del suelo:  
do quier abrigos al humano duelo.

La hambre, de ojos hundidos, macilenta,  
abrigadora madre de mil vicios,  
no bien Vicente ostenta  
su mano, manantial de beneficios,  
que el cielo siempre aumenta,  
suelta las presas que afianzó rabiosa  
y acoge la abundancia cariñosa.

El arrimo de manos virginales  
que aplican vida donde había dolencia,  
ceden luego los males  
y de las Parcas la dañina influencia,  
con vistas celestiales  
á los que han de morir así consuelan,  
que en calma expiran, y al Empíreo vuelan.

A la vista del águila altanera,  
cabe el Sol, en sus alas sostenida,

en vano, en vano espera  
ocultarse la presa apetecida:  
á ella vendrá ligera.  
Vicente, así, descubre la miseria  
do quier, y la hace de su afán materia.

Hijo del Dios de amor, representaste  
su inefable bondad sobre la tierra,  
donde siempre triunfaste  
de los males que al hombre hacen la guerra:  
á tus hijos dejaste  
tu ardiente caridad; y desde el cielo  
de enviar no cesas bienes y consuelo.

---

ODAS FILOSOFICAS.

---

I.

A la Luna en tiempo de discordias civiles.

¡Con qué silencio y majestad caminas  
por miles de luceros cortejada,  
súbditos que dominas,  
ornato augusto de la noche helada!

Ellos acatan tu beldad fulgente  
desque en carro de nácar y de plata  
asoma en el Oriente,  
consuelo al triste y al virtuoso grata;

y extáticos te siguen por la inmensa  
bóveda del santuario del Eterno,  
do la oración intensa  
del justo perseguido escucha tierno.

Con ellos te saludo, almo destello  
de la luz perennal, fija la mente  
y ojo absorto en tu cuello,  
y en esa ebúrnea majestuosa frente,

de donde luz gratisima difundes  
por la inmensa creación desfallecida,  
con que sopor le infundes,  
seguro germen de repuesta vida.

A tu argentada luz sus presas cede  
que otra vez le arrancó, mal de su grado,  
voz que todo lo puede,  
y pensaba engullir el menguado.

Duermen los montes, y en sus grutas hondas  
duermen los vientos y el horrible trueno;  
duermen del mar las ondas,  
y Leviatán, y monstruos de su seno.

Hace pausa la vida de los seres  
que engrandecen al orbe; tu beleño  
embarga sus poderes  
con ligaduras de apacible sueño.

¡Alto silencio, interrumpido apenas  
por piés del gamo que ni toca el suelo,  
y las hojas serenas  
recorriendo Favonio en blando vuelo,

salud, oh dón de la triforme diosa,  
que descienes al pecho trabajado

en vida congojosa,  
nido revuelto del mortal cuidado,

del temer y esperar sin fin ni tino,  
y de allí lanzas el aciago susto;  
pues ya el néctar divino  
de la quietud á tu presencia gusto!

Tú avanzas ¡oh belleza majestuosa!  
recorriendo la bóveda azulada,  
ufana, cual la esposa  
que del lecho nupcial sale adornada.

Te rinden homenaje cielo y tierra;  
y la sombra huye sin saber adonde:  
ya tras fragosa sierra,  
ya en la lejana nube se te esconde,

plegando el manto más y más, medrosa;  
mas tú incansable, en sólita carrera,  
por siempre victoriosa,  
no le das tregua y lanzas de doquiera.

Todo es calma y dulzor. ¿Y el hombre..? ¡Oh,  
Huye veloz del tachonado cielo; [Luna!  
tu luz le es importuna;  
y á la maldad consagra su desvelo.

No alumbres, no, los crímenes atroces  
que unos contra otros sin cesar maquinan:  
mutuamente feroces,  
al dolor y á la muerte se destinan.

O víctimas ó cómplices furiosos,  
busca tan sólo el hombre en sus hermanos.  
Con ojos sanguinosos  
en el vagar amenazante insanos.

Ora ¡oh dolor! en hórridas reuniones,  
astutos para el mal, el mal sazonan;  
preparan combustiones,  
amasan el penar, y más se enconan.

Allí la seducción la venda teje  
que del incauto oprimirá los ojos.  
Y mirar no le deje  
sino fantasmas, ocasión de enojos.

La atroz calumnia, el venenoso aliento,  
y los densos vapores de allí lanza  
contra famas sin cuento,  
y mancilla y marchita cuanto alcanza.

En grupos parten desconfianza y celos,  
y las discordias en su pos siguieran:  
padres, hijos, abuelos,  
romperán lazos que antes los unieran.

No habrá mérito ya, virtud segura;  
todo se ataca, todo se atropella  
con mano y lengua impura.  
Impudente maldad todo lo huella.

La patria del placer y la abundancia  
ya es del horror y crímenes guarida,  
y tenebrosa estancia  
donde la rabia carnífera anida.

¡Y es á tu nombre, oh patria idolatrada,  
que los malvados fraguan tantos daños,  
con los que destrozada  
aparezcas, é infame á los extraños!

¿Qué mal has hecho á tus rabiosos hijos  
que así desgarran el materno seno,

y sólo en dañar hijos,  
gustado apenas, les hastía lo bueno....?

Las antiguas heridas aún gotean,  
ly abrirte quieren nuevas, insanables,  
los que amarte vocean,  
hipócritas, perversos, detestables!

¡Qué porvenir te labran tan funesto  
y tan discorde de tu bella aurora....!  
¿Doblará el cuello enhiesto  
la que del orbe se vería señora....?

¿Paz, dulce paz, de nuestro triste suelo  
para nunca volver te habrás marchado;  
y el fervoroso anhelo  
del patriota veraz será frustrado?

¿No ha de haber ya justicia so la tierra,  
ni quien vindique hollados sus derechos?  
¿siempre amagos de guerra  
mantendrán yermos nuestros caros lechos?

Si así ha de ser ¡oh Luna! cede el puesto,  
y haz al Ocaso de tu lumbre dueño:  
fine mi vida presto;  
cierre mis ojos el eterno sueño.

ODAS HEROICAS

III

A la heroica salida del Benemérito General José  
María Morelos por entre el ejército sitiador  
de Cautla Amilpas.

Insólito calor mi pecho inflama:  
siento en el alma desusado brío:  
con imperiosa voz la cara patria  
cantar me manda sus heroicos hijos,  
y el divino valor, y el arte sumo  
con que á sus sanguinarios enemigos  
en lid tan desigual vencer supieron,  
legando asombro á los futuros siglos.  
¡Sombras amigas, tenebrosa noche,  
madre del sueño y del sabroso olvido,  
que la creación reparas descaecida,  
y eres á la fatiga único alivio!  
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen,  
bajo tu cetro de ébano, adormidos,  
el hombre solo, con el ojo atento  
persigue al hombre, ni el menor resquicio  
de esperanza y de bien dejarle quieren  
su mortal rabia y odio vengativo!  
¡Oh noche! torna los brillantes ojos  
al desolado Anáhuac, mira el sitio  
do un puñado de bravos invencibles  
resiste del Averno el poderío;  
cansa miles de crueles, y supera  
su furor, sus ardides y sus tiros,

superior á la muerte, que en mil formas  
le presentan el tiempo y su enemigo;  
sin dejarle momento de descanso,  
ni entre ignominia ó muerte algún partido.

¿Qué, se rindieron ya? ¿La peste acaso...  
la hambre... la sed, y el número infinito  
de balas y de males que contra ellos,  
setenta días, y más, han dirigido  
la encruelecida suerte y atroz bando  
de viles y pagados asesinos,  
hundieron la esperanza de la patria,  
su único apoyo, en el sepulcro frío?

Alto silencio en los espesos bosques;  
alto en los montes, en el valle y río;  
hasta los vientos el aliento enfrenan;  
nada se mueve, nada, ¡oh caos antiguo!  
El genio del pavor, en negra nube,  
sobre los labios puesto el dedo frío,  
abre los ojos más y más, y en vano  
busca cuerpo en las sombras, ó algún ruido  
su atenta oreja, que otro no percibe  
que de su pecho el desigual latido.  
¡Ay de Morelos! ¡ay de la aguerrida  
gente, que en mil encuentros sostenidos  
de honor llenaron á la cara patria,  
su sien ornando del laurel divino!  
Cuatla termina sus heroicas vidas;  
Cuatla sepulta su valor invicto.  
¡Júbilo cuánto para el bando opuesto!  
¡Cuánto placer á su feroz caudillo!  
Ellos locos dirán: "No se rindieron,  
mas de nuestro valor víctima han sido".

No así, no así, mil bocas infernales  
con espantable horrísono estallido,  
lanzan á un tiempo silbadoras balas,  
el valle atruenan con letales ruidos,  
y con pálidas luces sucesivas

más horrorosos tornan los sombríos.  
¡Oh loco delirar, vana soberbia,  
que el patriótico esfuerzo has combatido,  
y con inmunda boca saboreabas  
de antemano sus últimos residuos!  
Mira al héroe de Anáhuac y á sus huestes,  
mayores más en el mayor peligro;  
jamás domados, y medrosos nunca,  
con orden marchan, y Mavorte mismo  
al héroe lleva de la diestra mano,  
y guía á los suyos con potente auxilio.  
¿Dó las trincheras en que tanto fiabas  
y los aprestos del porfiado sitio?  
¿Qué te valieron las espesas bandas  
de fanáticos crueles y malignos,  
que una vez y otras, derrotadas antes,  
aun te eran compañeras en delirio?  
Ni posible siquiera imaginaron  
tan heroico valor y alto designio.  
Por donde más el enemigo, astuto,  
había agregado estorbos exquisitos,  
al arte fatigando, y á los suyos,  
y puesto de sus tropas lo escogido,  
por allí rompe el héroe valeroso  
y dá á sus gentes cómodo camino.  
En vano, en vano perseguirlo quieren,  
ó perturbar la marcha que ha emprendido,  
por buscar sólo á su querida gente  
contra la hambre y la peste grato asilo.  
¡Ay del que osado se acercare un tanto!  
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!  
La muerte encuentran infaliblemente,  
de nuestros héroes en los duros filos;  
y cual los gozques que al mastín persiguen,  
si á ellos torna una vez, despavoridos  
toman la huida, y aun á gran distancia  
del can robusto temen los colmillos;

BIBLIOTECA ALFONSO  
 DE LA UNIVERSIDAD  
 DE MEXICO

así medrosos, tras de intentos caros,  
se tornen los realistas confundidos.

¡Salve mil veces, noche venturosa,  
que al héroe diste saludable abrigo!  
Gózate loh patrial de los héroes cuna,  
viendo ya salvos á los más queridos:  
hoy tu sien orna su mayor hazaña,  
en su loor suenen inmortales himnos.

## VI.

A la derrota del Ejército Español que invadió  
el Territorio de los Estados Unidos  
Mexicanos.

Oíd los acentos de mi acorde lira,  
mortales acuitados,  
oíd, naciones, los tonos que me inspira,  
proféticos y alzados,  
el numen Delio que el futuro mira.  
Con violentos latidos él levanta  
y hace agitar mi pecho, en fuego vivo:  
nuevos seres percibo:  
leda y segura asiéntase mi planta  
en otros firmamentos.  
¡Silencio, humanos, escuchad atentos!

Ocho veces de augusta cabellera  
el majestuoso Ajusco  
blancas, brumosas nieves sacudiera,  
restos de Invierno brusco,  
y otras tantas la dulce Primavera  
con su verdor y rosas la engalana,  
desde que (roto el yugo y las cadenas,

que de años tres centenas,  
puso á la amable gente mexicana  
fiera España opresora)  
era ella libre y de su hogar señora.

Un ruido pavoroso se oye, en tanto,  
en las tumbas que aun riega  
la gran Tenoxtitlán con triste llanto;  
la parca nos entrega  
nuestros pasados héroes; ¡brillo cuánto  
y cuánta majestad sus rostros tienen!  
Ellos hacia la playa se encaminan;  
desde allí vaticinan,  
de los tiranos que sulcando vienen  
las olas, satisfechos,  
los hados tristes, nuestros claros hechos.

Venid, dicen, antiguos opresores;  
llegad presto, confiados,  
soñándoos otra vez dominadores  
de aztecas malhadados,  
y engrosar con su pan y sus sudores.  
Venid rabiosos como hambrientos canes,  
que el tiempo pasó ya de la clemencia,  
y nuestra descendencia  
dejará ahora vengados nuestros manes;  
y de pelear su ensayo  
será arruinar la estirpe de Pelayo.

Tú, de Zempoala honor y pura lumbre,  
levanta, corre, apura,  
pasa volando la fragosa cumbre,  
recorre la llanura;  
ya de iberos inmensa muchedumbre  
vomita en nuestras playas el Oceano,  
ya profana su pie nuestras arenas:  
oye, oye las cadenas

que echar quieren de nuevo al mexicano:  
ya crujen sus cañones;  
ya rechinan los dientes sus legiones.

A un lado traen á la feroz venganza;  
á otro un espectro horrible  
que asqueroso y difícil huelgo lanza;  
cuyo ver es terrible,  
sin fijarse jamás en cuanto alcanza:  
roe sus entrañas inmortal gusano,  
y á todo el orbe dominar anhela,  
y nada le consuela  
mientras no logra su designio insano;  
y sus saltados ojos  
van tras la gloria vomitando enojos.

La Meguera infernal es quien preside  
los consejos de muerte  
que forman contra nos; pero decide  
el Cielo de otra suerte,  
y su designio y nuestro mal impide.  
A la demencia levantando altares,  
su perdición ante ella decretaron,  
si la nuestra juraron.  
Pocos repasarán los hondos mares  
y serán recibidos  
de huérfanos y viudas con gemidos.

Ora lo habréis con *libres* mexicanos,  
con héroes singulares  
que ya, blandiendo el hierro en duras manos,  
por su patria y hogares,  
harán morder el polvo á los tiranos.  
Ya, ya atrás deja la elevada sierra,  
y al mismo tiempo en ligereza iguala  
el campeón de Zempoala,  
y el divino Terán. Os hacen guerra,

á los dioses iguales,  
con ellos, mil aztecas inmortales.

No hay, no, tornar los ojos pavoridos  
á los yermos bajeles,  
de la empresa ya tarde arrepentidos:  
apuraréis las hieles  
que imaginábais dar á los vencidos.  
Aquesos fosos que zanjáis profundos  
ya se llenan de cuerpos palpitantes,  
que los nuestros, triunfantes,  
con denuedo despeñan, moribundos,  
de las altas trincheras,  
para ser pasto de nocturnas fieras.

El suelo retemblando se estremece:  
la muerte en mil figuras  
lo tala todo. Envuelto desaparece  
de humo en nubes impuras  
el almo Sol, y la tiniebla crece:  
de sangre humana cúbrese la tierra,  
y el Pánuco enrojece. Fascinada  
esa horda, con la espada  
en la mano, su infamia y males cierra.  
¡Ay del que imperio ensaya,  
que aun insepulto quedará en la playa!

Nada resiste al ímpetu y bravura  
de los claros campeones,  
cuya paciencia el español apura.  
De los hispanos leones  
no hay ya temer la horrible dentadura,  
ni que, de hoy más, atruenen con rugido  
el quieto valle y monte silencioso:  
su furor orgulloso  
fué, para siempre, en Pánuco vencido,

y al mundo, con su muerte,  
prueban que es invariable nuestra suerte.

Salud, hijos, salud, una campaña  
purgó de hidras el suelo  
escarmentando á la caduca España,  
que, á costa de su duelo,  
de su loca ambición se desengaña;  
y en vez del nuevo imperio suspirado,  
ve bajar sus legiones al abismo,  
á impulso de heroísmo,  
cual enorme peñasco desquiciado,  
que, con sonido horrendo,  
va por lóbregos senos descendiendo.

Y tú, progenie de los dioses cara,  
claro Santa-Anna, vive,  
sostén de un pueblo, que por prenda rara  
del cielo te recibe,  
y que, mal grado de la envidia avara  
hará que triunfes de enemiga suerte;  
vive: los grandes hechos que algún día  
atónito aplaudía  
el orbe, borrará tu brazo fuerte;  
no tendrá igual tu gloria,  
y no ajarán los siglos tu memoria.

Ni la tuya, Terán, hijo querido  
de Minerva y de Marte,  
probará nunca el polvo del olvido:  
la patria ha de llamarte  
de sus Lares el más esclarecido:  
y cuando peinen la nevada cana  
en plácida quietud nuestros ancianos,  
y endurezca sus manos  
en la labor, la juventud lozana,

dirán sus cantilenas  
que tú los libertaste de cadenas.

No bien Hércules nace, y ya triunfante,  
desde la misma cuna,  
con las sierpes jugó, con que arrogante  
la envidia lo importuna;  
áselas de los cuellos el infante;  
ellas se enroscan en su brazo fuerte,  
por deslizarse luchan, y él, risueño,  
ve el inútil empeño  
con que pretenden evitar la muerte:  
seguro las provoca,  
y cansado del juego las sofoca.

A Júpiter así, tropa salvaje,  
de raza gigantea,  
negó el debido culto y homenaje:  
provócalo á pelea,  
y añade insultos al primer ultraje:  
los elevados montes desquiciaron;  
los ven los dioses, con pavor y asombro,  
que, cual arista, al hombro  
así los llevan: fieros hacinaron  
uno sobre otro, y luego  
van el cielo á talar á sangre y fuego.

Ya en el alcázar soberano suenan  
las blasfemias atroces,  
y las deidades de temor se llenan:  
de huír tratan veloces;  
con el miedo sus mentes se enajenan;  
solo el potente Júpiter, sereno,  
los ve subir en loco desatino,  
arma el brazo divino,  
y airado lanza el retumbante trueno.

¿Donde están? ¿que se hicieron?  
Horrorosos abismos lo cubrieron.

Torna al momento la quietud pasada,  
y con almos cantares  
resuena toda la mansión sagrada,  
en loores singulares  
de la augusta deidad, nunca ultrajada  
impunemente, que del alto cielo  
gobierna, y la abundancia y luz envía,  
y la pura alegría,  
otra vez al cuitado mustio suelo.

Hé aquí, inmortal Santa-Anna  
tu historia, y de la gente mexicana.

Cual si otra vez oyera el caos oscuro  
la voz omnipotente,  
así arde el Sol, en nuevo fulgor puro,  
y así vegeta y siente  
el sér, y en formas mil vaga seguro.  
¿Qué es el horrendo crimen denegrado?  
¿La envidia venenosa dó se oculta?  
¿En qué pechos abulta  
el ajeno levísimo descuido?  
¿Soberbia dó descuella?  
¿Cómo ya al infeliz audaz no huella?

¿Dó en traje envuelta, sucio y andrajoso  
la sedienta avaricia,  
con oído siempre abierto y cuidadoso,  
se desvive y malicia  
hasta del ruido que hace en el hojoso  
árbol vecino, la aura leve y fría;  
retiembla, se imagina ver saqueado  
su tesoro adorado?  
¿Dó el adulterio, y la traición impía

con doble cara? ¿dónde  
la horda de vicios tímida se esconde?

A la par todos yacen aherrojados  
como leones furiosos,  
en los senos del Orco retirados,  
donde en vano rabiosos  
mordiendo están sus hierros redoblados.  
Aura serena México respira.  
No hay males ya, las cuitas terminaron.  
En su hogar se sentaron  
del Anáhuac los fuertes; ¡cuál admira  
su paternal gobierno,  
quién de la patria el bienestar eterno!

¡Oh triunfo! ¡oh de Septiembre onceno día!  
No numen lisonjero  
turba hoy la acalorada fantasía.  
Al siglo venidero  
de asombro llenarás, ¡oh patria mía!  
de libertad asilo, de héroes cuna,  
que así sobre naciones te sublimas,  
y alejas de tus climas  
la chusma de opresores importuna.  
Serás, de hoy, respetada,  
y tu amistad con ansia codiciada.